

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para la Vida Consagrada



JORNADA PRO ORANTIBUS EVANGELIZAMOS ORANDO

Vida consagrada contemplativa



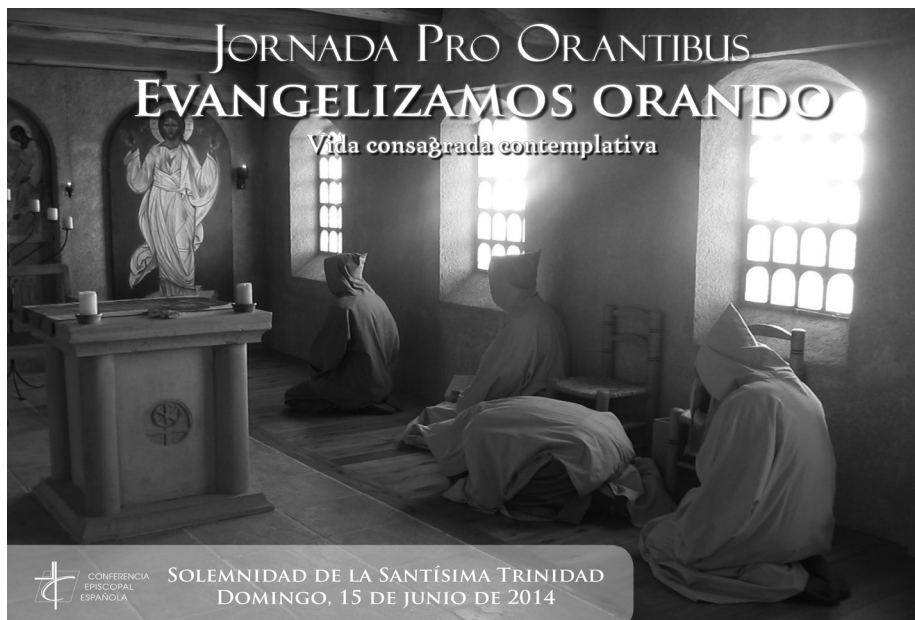
CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
DOMINGO, 15 DE JUNIO DE 2014

MATERIALES PARA LA JORNADA PRO ORANTIBUS 2014

Evangelizamos orando

Materiales Jornada Pro Orantibus 2014



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-14774-2014

SUMARIO

Objetivos de la Jornada Pro Orantibus.....	5
Evangelizamos orando	6
Testimonio: Evangelizamos orando	9
María Magdalena, Pedro y Juan en la mañana de Pascua	14
Textos del Magisterio.....	20

OBJETIVOS DE LA JORNADA PRO ORANTIBUS

1. Orar a favor de los consagrados y consagradas en la vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.
2. Dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo.
3. Promover iniciativas pastorales dirigidas a incentivar la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares, dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.

PRESENTACIÓN DE LA JORNADA

Evangelizamos orando

El domingo, 15 de junio, celebramos la «Solemnidad de la Santísima e indivisa Trinidad, en la que confesamos y veneramos al único Dios en la Trinidad de personas, y la Trinidad de personas en la unidad de Dios» (*elog. del Martirologio Romano*). En esa solemnidad celebramos también la *Jornada Pro Orantibus*. Es una Jornada dedicada a orar por las personas consagradas contemplativas y, a la vez, una ocasión para dar gracias a Dios por esta forma de consagración, para expresar nuestra estima y para dar a conocer esta vocación específicamente contemplativa tan necesaria y hermosa en la Iglesia y para la vida del mundo.

El lema de este año 2014 es: «Evangelizamos orando». Está en sintonía con el impulso evangelizador del papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* y remite a lo esencial de la vida contemplativa que es la oración. Este lema nos sirve también de preparación para el V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, monja contemplativa y mujer renovadora y misionera.

Los monjes y monjas contemplativos evangelizan con lo que “son”, más que con lo que “hacen”. Su propia vocación y consagración son de manera especial testimonio de fe e instrumento de evangelización. Lo más esencial de la evangelización de los contemplativos es mostrar a los demás la belleza de la oración. Las personas consagradas contemplativas nos ayudan a experimentar el misterio insondable de Dios, que es amor. Lo hacen consagrando sus vidas a Dios Padre, unidas a la acción de gracias del Hijo Jesucristo y colaborando en la acción santificadora del Espíritu Santo.

La Iglesia insiste hoy en la evangelización en esta nueva etapa de la historia y la vida monástica contemplativa es evangelizadora desde su esencia y misión. He aquí algunas razones.

1. *La vida contemplativa es una existencia profética*. Si un monasterio es fiel al Espíritu Santo plantea constantemente a los hombres

interrogantes profundos sobre el sentido de la vida, la esperanza, el amor, el sufrimiento y la alegría, el tiempo y la eternidad. La vida ordinaria y alegre de una comunidad monástica provoca preguntas y ofrece respuestas a las necesidades más profundas del corazón humano.

2. *El anuncio del Evangelio exige profundidad contemplativa.* No hay anuncio eficaz del Evangelio que no nazca de la fecundidad del desierto de la oración. Desierto, en hebreo (*Mit-Bar*), es el lugar de la Palabra. Tenemos hoy más que nunca necesidad de la Palabra de Dios. El silencio es vacío si adentro no resuena la Palabra de Dios. La soledad es estéril y nociva, si es pura evasión o encuentro con nosotros mismos. Es necesario encontrarse a solas con Dios, que nos ilumina y transforma para convertirnos en discípulos misioneros. Hace falta encontrarse con el Señor en el silencio de la oración lejos de los “espejismos” de la ciudad, que nos llena de ruido y de prisas. Lo exige la urgencia de nuestra renovación interior y de la conversión pastoral, a la que nos llama el papa Francisco.

El papa Benedicto XVI, en el encuentro organizado por el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, *Nuevos Evangelizadores para la Nueva Evangelización*, dirigiéndose a los participantes, les decía que «el mundo de hoy necesita personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios [...]. Solo a través de hombres y mujeres modelados por la presencia de Dios, la Palabra de Dios continuará su camino en el mundo dando sus frutos» (16.X.2011).

3. *La vida consagrada contemplativa sirve a la causa del Evangelio.* San Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Vita consecrata* escribe sobre la aportación específica de la vida consagrada a la evangelización. Lo que afirma de la vida consagrada en general sirve también para la vida consagrada contemplativa en particular: «La aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización está, ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imita-

ción del Salvador que, por amor del hombre, se hizo siervo. En la obra de la salvación, en efecto, todo proviene de la participación en el *ágape* divino. Las personas consagradas hacen visible, en su consagración y total entrega, la presencia amorosa y salvadora de Cristo, el consagrado del Padre, enviado en misión. Ellas, dejándose conquistar por Él (cf. *Flp* 3, 12), se disponen para convertirse, en cierto modo, en una prolongación de su humanidad. La vida consagrada es una prueba elocuente de que, cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás, llegando hasta las avanzadillas de la misión y aceptando los mayores riesgos» (*Vita consecrata*, n. 76).

En la *Jornada Pro Orantibus* damos gracias Dios por el don de la vida consagrada contemplativa, que tanto embellece el rostro de Cristo, que resplandece en su Iglesia, y pedimos por las vocaciones a esta forma de vida consagrada.

✠ VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA

Obispo de Santander

Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

TESTIMONIO: EVANGELIZAMOS ORANDO

El monacato: anuncio y custodia del Evangelio¹

El anuncio de la Buena Noticia, si lo apreciamos en toda su realidad, tiene una génesis y un primer paso en el cenobio monástico antes de recorrer los caminos. Las comunidades monásticas son “boca de Dios” en su misión profética, anunciando desde el cenáculo la primacía de la relación con Dios (oración) de la que surge la *evangelización* en la Iglesia.

Desde mi experiencia, cada monasterio, con sus peculiaridades y sin prepotencias, visibiliza la prioridad de una intensa relación con el Padre, según el modelo de Jesús. La oración de Jesús es una realidad que le abrió a consolar, enseñar y sanar a los hombres. Dicha oración levantó la piedra de la tumba donde yacía su amigo Lázaro, signo de la humanidad adormecida. La plegaria nos hace custodiar el don de la fe y así nos convierte en guardianes de los hombres, custodios de la alianza de Dios con los hombres y portadores de su Palabra, que es como el fuego santo que transforma y nos hace más humanos.

Tres aspectos de la *evangelización*, desde la sensibilidad monástica, son importantes para mí: el anuncio, los guardianes del don y los custodios del fuego sagrado. Me han pedido testificar en esta *Jornada Pro Orantibus* el primero de ellos.

Hay una inmensa riqueza del carisma monástico que posee la Iglesia, y una preciosa tarea que se nos ha encomendado por la llamada que Dios ha hecho sobre nuestras vidas. El monacato no es ajeno a la *misión evangelizadora* de la Iglesia a la que Jesús envió a todo discípulo, como no es ajeno a los gozos y las penas de la humanidad entera. Su *evangelización* es testimonio y presencia de Dios, que no se desentien-

¹ El presente escrito de M. PILAR AVELLANEDA RUIZ, CCSB (Las Huelgas – Burgos), es parte de un texto que fue publicado en la revista *Vida Religiosa* en el año 2012, con el título: *El monacato y la evangelización arrodillada*. Su autora lo ha reelaborado para ofrecerlo como testimonio personal en esta *Jornada Pro Orantibus* 2014.

de del mundo que ha creado, es el *anuncio de fe* desde un silencio elocuente, a través de un lenguaje simbólico, que interpela al que tiene el oído atento y espabilado, es pues, una voz que anuncia desde un lugar aparte que podemos llamar cenáculo.

Anunciar desde el cenáculo

Tras los duros acontecimientos vividos en Jerusalén, los discípulos recibieron de Jesús un primer mandato que, a mi parecer, es la *génesis* de toda *evangelización*: «Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (cf. *Lc* 24, 49). Ellos, ciertamente, volvieron a Jerusalén y «perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos» (cf. *Hch* 1, 14). Este **tiempo de espera y oración** es el germen del anuncio gozoso de la Resurrección, el primer paso de la *evangelización* antes de recorrer los caminos, el inicio del *Kerygma* o primer anuncio que estalla en Espíritu Santo el día de Pentecostés (cf. *Hch* 2, 1-13).

El monacato es experiencia de espera y oración, germen del *Kerygma*, misión escondida de escucha y adoración pero eficaz y fructífera, ya que aporta vida y serenidad que dar a todo el que se acerque al claustro.

Esta oración de la Iglesia de Jerusalén, en espera del Espíritu Santo para salir a proclamar la *Buena Noticia*, es ya *evangelización* y está en continuidad con el modo de actuar de Jesús. Podemos decir que es **memoria viviente** de Jesús, porque los evangelios atestiguan diferentes situaciones en las que Jesús reza antes de realizar la obra sanadora de Dios que actúa a través de él, por medio de sus palabras y gestos que anuncian la *Buena Noticia*. Es la oración, su relación intensa y continua con su Padre, la que abre a Jesús a implicarse en los sufrimientos de los pobres y enfermos a los que curó y consoló. Es la oración, que intensifica al retirarse a solas, lo que le abre al anuncio del reino de Dios y su poder sobre toda dolencia.

El evangelio según san Marcos expone un caso significativo: la curación del sordomudo (cf. *Mc* 7, 32-37). El relato de Marcos muestra que la acción sanadora de Jesús, plenitud del *Evangelio*, está conectada con su intensa relación con el prójimo, el enfermo, y también con Dios Padre.

De una parte, el evangelista narra de manera ágil y sucinta la escena: «Jesús lo separó de la multitud, y llevándolo aparte, le puso los dedos en los oídos, y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y dijo: "Effatá", que significa: ¡Ábrete!» (cf. *Mc* 7, 33-34). La elección de llevar al enfermo aparte, hace que en el momento de la curación, Jesús y el sordomudo se encuentren solos, cercanos, en una situación particular. La intensidad de la atención de Jesús al enfermo es manifiesta.

El punto central del episodio es la relación con el Padre. El relato lo expresa así: «[Él] mirando al cielo, suspiró» (cf. *Mc* 7, 34). La atención de Jesús hacia el enfermo está vinculada a una actitud profunda de oración dirigida a Dios. El suspiro se describe con un verbo (*stenazo*) que en la Escritura tiene el sentido de una oración entre gemidos, a semejanza de los lamentos del pueblo de Israel en Egipto². Jesús se compenetra con el enfermo hasta el punto de que, con este suspiro, presenta ante Dios los sufrimientos del enfermo como propios. En la acción sanadora de Jesús, pues, entra de modo claro la oración, expresada también con su mirada al Padre. La fuerza que ha sanado al sordomudo está ciertamente provocada por la compasión hacia él, pero proviene del recurso hacia el Padre. La relación humana de compasión con el hombre entra en la relación con Dios y se convierte en curación.

De otra parte, el relato joánico de la resurrección de Lázaro testifica esta misma dinámica (cf. *Jn* 11, 1-44). La conmoción de Jesús ante el dolor de los parientes y conocidos de Lázaro se vincula en todo el relato a una continua e intensa relación con el Padre, así dirá: «Esta enfermedad no es mortal, es para gloria de Dios» (cf. *Jn* 11,4).

² H. BALTZ - G. SCHNEIDER, *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, Vol 2. Salamanca 2001, pp. 1491-1494.

El momento de oración explícita de Jesús al Padre ante la tumba, y en especial cuando entrañablemente dice: «Padre, te doy gracias, porque me has escuchado» (cf. *Jn* 11, 41), revela que Jesús no ha dejado un instante la oración de petición por la vida de Lázaro. Esta **oración continua** es la que quiere expresar la vida monástica como germen o semilla de la evangelización, la Vida que Dios trae para el hombre a través de las palabras de Jesús.

La oración que Jesús pronuncia mientras se retira la piedra que tapa la entrada de la tumba de Lázaro tiene un resultado singular e inesperado. Jesús, después de haber dado gracias al Padre, añade: «Yo sé que siempre me escuchas, pero lo he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado» (cf. *Jn* 11, 42). Con su oración Jesús quiere llevarnos a la fe, a la confianza en Dios y en su voluntad; con su oración quiere mostrar que este Dios que tanto ha amado al hombre y al mundo (cf. *Jn* 3, 16) es el Dios de la Vida, el Dios que lleva a la esperanza y es capaz de darle la vuelta a situaciones humanamente imposibles³.

La oración confiada de un creyente, por tanto, es un testimonio vivo de esta presencia de Dios en el mundo, de su interés por el hombre, testimonio de su acción para llevar a cabo su plan. Esto es la oración monástica, testimonio del profundo vínculo entre el amor a Dios y al prójimo, síntesis del *Evangelio*. En Jesús la atención hacia el otro, especialmente si está necesitado o sufre, el conmoverse ante el dolor de una familia amiga, está vinculado a la oración. La comunión con el Padre, el diálogo constante con Él, empuja a Jesús a estar atento de un modo único a las situaciones concretas del hombre para llevarle el consuelo y el amor de Dios.

Nuestra oración abre la puerta a Dios para que actúe y agrande nuestro corazón a la necesidad del que está a nuestro lado. La oración levanta la piedra del sepulcro donde yace la humanidad dormida en su deshumanización, y posibilita el que escuche este grito de Jesús: ¡*Lázaro, sal fuera!*, y pueda levantarse a una vida nueva guiada por esta voz.

³ BENEDICTO XVI, Audiencia del miércoles 14 de diciembre de 2011, Roma.

Dios ama al hombre, confía en él, y le ha dado la custodia de los bienes preciosos como el don de la fe. Nos ha concedido la custodia del don de la fe, como segundo momento de la *evangelización*.

M. PILAR AVELLANEDA RUIZ, CCSB

Las Huelgas (Burgos)

MARÍA MAGDALENA, PEDRO Y JUAN EN LA MAÑANA DE PASCUA

La vida consagrada contemplativa ante el sepulcro vacío: experiencia del Dios Trinitario

Hemos culminado el tiempo pascual con la plenitud del Espíritu en Pentecostés. Ahora, en la solemnidad de la Santísima Trinidad, celebrando la *Jornada Pro Orantibus* en la Iglesia que peregrina en España, todo es recapitulado en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta *recapitulación* debe hacerse uniendo el *final* con el *comienzo*, los *inicios* de la Pascua con la *culminación* de la misma, por ello recordamos el Domingo de Resurrección, con el que estrenábamos el tiempo pascual proclamando el luminoso Evangelio de san **Juan 20, 1-10**

«El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: ***Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.*** Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos. Los dos discípulos se volvieron a casa.»

Este es el relato que nos ha transmitido el IV evangelio para que conozcamos cómo llegó a los Apóstoles el anuncio del sepulcro vacío y cómo creyeron en la Resurrección del Señor. En la mañana del do-

mingo, María Magdalena, antes de que el sol brillara con todo su esplendor, tras descubrir la tumba de Cristo vacía, marcha a contárselo a Pedro y a los demás Apóstoles, y la primera interpretación que ella misma da ante el dato observado es que el cuerpo de Jesús ha sido robado: ***Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.***

La noche espiritual en la que los discípulos se encontraban sumergidos está a punto de dejar sitio a la experiencia de la fe, que tiene su comienzo junto al sepulcro vacío, signo de la verdad histórica del Señor resucitado.

No cabe duda que con una lectura superficial del pasaje, lo único que captamos es que María Magdalena está completamente desconcertada y que, de algún modo, transmite también este desconcierto a los Apóstoles, especialmente a Simón Pedro y al llamado *discípulo amado del Señor*. Pero podríamos mirar y escuchar con un poco de profundidad la frase que la Magdalena pronuncia: *Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.*

Ella, como en otro momento Pilato o el sumo sacerdote Caifás, decían verdad sin saber en realidad lo que estaban diciendo. La expresión «He aquí el hombre», que hizo Pilato (cf. *Jn* 19, 5) o la frase «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo», que sentenció en su día el Sumo Sacerdote (cf. *Jn* 18, 14), son expresiones pronunciadas en su momento sin la comprensión del nivel de revelación que ellas mismas encierran. Por supuesto que Cristo es el verdadero hombre y la plenitud de lo humano; y evidentemente, ¡Él ha dado su vida, *uno por todos!* Tras los acontecimientos de la Pascua esas dos frases, pronunciadas sin comprender bien su significado, cobran todo sentido de cumplimiento en la historia cuando el mismo Cristo entra en el Misterio de la Redención.

Pues lo mismo ocurre con esta expresión del evangelio de san Juan en boca de la Magdalena: *Se han llevado del sepulcro al Señor. Sí, María, se lo han llevado... El Padre y el Espíritu han venido a por*

lo suyo, a por lo más absolutamente suyo: el Hijo... y ¡lo han sacado del sepulcro!

¡Es verdad, dices verdad María Magdalena, *se han llevado del sepulcro a Jesús!* ¡El Padre y el Espíritu lo han hecho! ¡Ellos no podían dejar a Cristo en la muerte! ¡El Padre lo resucitó sacándolo de la tumba por la fuerza del Espíritu! Porque escrito está, que *no podía el Justo conocer la corrupción*. Por eso, dices bien María: *¡se han llevado del sepulcro a tu Señor!*

María Magdalena dice en un primer momento *no saber dónde lo han puesto*, pero nosotros, la Iglesia de la Pascua, los cristianos, discípulos y discípulas todos del Maestro, los consagrados y consagradas, los contemplativos y contemplativas capaces de ver en profundidad la verdad que nos revela la Santa Trinidad, ¡sí sabemos dónde han puesto al Hijo el Padre y el Espíritu! Conocemos sus *presencias*, *las presencias de Cristo resucitado* por las que tenemos acceso al encuentro con Él. La Sagradas Escrituras, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia nos muestran con claridad dónde está Cristo presente, para que podamos encontrarnos con Él:

- «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). ¡Cristo vivo está donde *dos o más se reúnen en su nombre*, para celebrar la fe, para rezar, para hacer el bien, para vivir la caridad... ¡Cristo está presente verdaderamente en su Iglesia, en la comunidad de los que creen en Él!
- «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). ¡Cristo vivo está presente *en su palabra*, y está de tal modo que quien la acoge se convierte en auténtica morada de Dios y siente la misma presencia divina y trinitaria en su interior.
- «Tomad, comed: esto es mi Cuerpo... Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza...» (Mt 26, 26). De un modo especialísimo y absolutamente salvífico, ¡Cristo vivo está presente en la euca-

ristía, allí donde se nos ofrece como alimento, Pan de vida eterna y bebida de eterna salvación!

- «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme [...]. En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 35-36. 40). ¡Cristo vivo está y verdaderamente presente en cada ser humano necesitado de nuestra caridad, de nuestro amor! Cristo está en cada pequeño, en cada enfermo, en cada desvalido, en cada necesitado... El papa Francisco repite constantemente con palabras y con gestos que los pobres son la carne de Cristo y que Cristo está en ellos. Los pobres son una presencia de Jesús (cf. *Vita consecrata*, 84a). Quien recibe a un pequeño por causa de Cristo, ¡al mismo Cristo está recibiendo y acogiendo! (cf. Mc 9, 37).
- «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha... quien os acoge, a mí me acoge» (cf. Mt 10, 40). ¡Cristo vivo está presente en sus Apóstoles, en los ministros de la Iglesia, en los pastores de su Pueblo, en los obispos, en los presbíteros, en los diáconos... Ellos, que actúan tantas veces *in Persona Christi*, son presencia de Cristo (cf. SC 7).
- «Cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto...» (Mt 6, 6). ¡Cristo vivo está presente y actúa en el corazón de los bautizados, en el secreto del corazón de los creyentes...; y podemos entablar conversación con Él, con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Podemos entablar relación con la Santísima Trinidad por medio de la oración, tratando de amistad con quien bien sabemos que nos ama.
- Y Cristo está presente, muy especialmente, en la sagrada liturgia y en los sacramentos. La sagrada liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (cf. *Sacramentum caritatis*, n. 7), por eso siempre nos salva.

Por lo tanto, si María Magdalena, desconcertada ante la tumba vacía, decía con lamento no saber dónde habían puesto al Señor, nosotros podemos proclamar con gran gozo y alegría desbordante que sí sabemos dónde el Padre y el Espíritu han puesto al Señor Jesús vivo y resucitado: ¡lo han sacado del sepulcro y lo han puesto en su Iglesia, esa misma Iglesia nacida de su costado abierto y su corazón traspasado por amor a todos los hombres!

Nuestros hermanos y hermanas de la vida contemplativa viven, con particular intensidad, esta experiencia a diario: se encuentran con el Señor en la Comunidad, en la sagrada liturgia, en la *lectio divina*, en la Palabra de Dios, en la oración íntima y personal hecha en la celda, en el corazón de la Madre Iglesia, en los sacramentos, en cada eucaristía, en los pastores que les atienden, en los pobres de casa y los que se acercan a sus monasterios recibiendo atención, ayuda, escucha y hospitalidad. Con la oración y la ofrenda aman y se entregan a la Santísima Trinidad a favor de toda la humanidad. No se desentienden del mundo, sino que interceden por él, en una ofrenda sin reservas, fiel y perseverante.

Además se encaminan diariamente al encuentro de Cristo vivo y resucitado con la celeridad propia del amor¹. El que ama no es lento en la búsqueda del Amado. Por eso los monjes y monjas dedicados a la contemplación, se adelantan a la aurora cada mañana anhelando al Dios trinitario que les amó y les alcanzó primero. Y lo buscan desde el amanecer hasta la puesta del sol... durante la noche e incluso en viglias. Sin cesar. Porque Amor saca amor².

¹ «La vida cristiana está determinada por verbos de movimiento, es una búsqueda continua, incluso cuando se vive en la dimensión monástica y contemplativo-claustral» (CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, «*Alegraos...*» Carta a los consagrados y consagradas con motivo del Año de la Vida Consagrada, n. 5).

² El encuentro con el Señor nos pone en movimiento, nos empuja a salir de la autorreferencialidad (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 8). La relación con el Señor no es estática ni intimista. «Quien pone a Cristo en el centro de su vida, se descentra. Cuanto más te unes a Jesús y él se convierte en el centro de tu vida, tanto más te hace Él salir de ti mismo, te descentra y te abre a los demás» (FRANCISCO, *La vocación de ser catequista*, 29 de septiembre de 2013). «No estamos en el centro,

Nuestros hermanos contemplativos descubren así cada día la *tumba vacía* y ven las vendas y el sudario... Y ese *ver* la realidad *contemplando* la verdad, les mueve siempre a la fe y a la confesión del Señor. Evangelizan orando y su oración es ya una excelente evangelización.

Pedro y Juan *fueron corriendo al sepulcro*. La carrera emprendida sin demora era expresión de un amor verdadero y una veneración amorosa... Es el amor de la Iglesia nacida del costado de Cristo. Las comunidades monásticas hoy, como María Magdalena ayer, nos invitan a buscar siempre al Señor. Pedro y Juan, nos animan a *correr la carrera del amor*. Salgamos presurosos al encuentro del Señor **Jesús** resucitado. Y hagámoslo con la fuerza del **Espíritu** y la certeza del amor misericordioso del **Padre**. La Santa Trinidad nos precede y nos acompaña.

RAFAEL BELDA SERRA, CVMD

Coordinador general del
Plan de Formación Teológica
para la Vida Contemplativa *Sapientia amoris*

estamos, por así decirlo, *desplazados*, estamos al servicio de Cristo y de la Iglesia» (FRANCISCO, *Caminos creativos radicados en la Iglesia*, 1 de agosto de 2013). «La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios, se convierte en la inquietud de conocerle cada vez más y de salir de sí mismo para darlo a conocer a los demás. Es justamente la inquietud del amor» (FRANCISCO, *Con la inquietud en el corazón*, 30 de agosto de 2013).

TEXTOS DEL MAGISTERIO

«**Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan.** Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras solo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin **momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor**, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. **La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración**, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la eucaristía. Al mismo tiempo, *se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación.* Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 262

«La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y

sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1, 48). **¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos»** (1 Jn 1, 3). La mejor motivación para decidirse a **comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor**, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar **un espíritu contemplativo**, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 264

«Pero esa convicción se sostiene con la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje. No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder **contemplarlo, adorarlo, descansar en Él**, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. **Por eso evangelizamos**. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y

deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 266

«Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos «para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1, 6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Este es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre que Jesús buscó durante toda su existencia. Él es el Hijo eternamente feliz con todo su ser «hacia el seno del Padre» (Jn 1, 18). Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: «La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante» (Jn 15, 8). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, **evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama**».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 267

«Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: es **la intercesión**. Miremos por un momento el interior de un gran evangelizador como san Pablo, para percibir cómo era su **oración**. Esa oración estaba llena de seres humanos: «En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos vosotros [...] porque os llevo dentro de mi corazón» (Flp 1, 4.7). Así descubrimos que **interceder no nos aparta de la verdadera contemplación**, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 281

«Esta actitud se convierte también en agradecimiento a Dios por los demás: "Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros" (*Rom* 1, 8). Es un agradecimiento constante: «Doy gracias a Dios *sin cesar* por todos vosotros a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús» (*1 Cor* 1, 4); "Doy gracias a mi Dios *todas las veces* que me acuerdo de vosotros" (*Flp* 1, 3). No es una mirada incrédula, negativa y desesperanzada, sino una mirada espiritual, de profunda fe, que reconoce lo que Dios mismo hace en ellos. Al mismo tiempo, es la gratitud que brota de un corazón verdaderamente atento a los demás. De esa forma, cuando **un evangelizador sale de la oración, el corazón se le ha vuelto más generoso**, se ha liberado de la conciencia aislada y está deseoso de hacer el bien y de compartir la vida con los demás».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 282

«**Los grandes hombres y mujeres de Dios fueron grandes intercesores. La intercesión es como "levadura" en el seno de la Trinidad.** Es un adentrarnos en el Padre y descubrir nuevas dimensiones que iluminan las situaciones concretas y las cambian. Podemos decir que el corazón de Dios se conmueve por la intercesión, pero en realidad Él siempre nos gana de mano, y lo que posibilitamos con nuestra intercesión es que su poder, su amor y su lealtad se manifiesten con mayor nitidez en el pueblo».

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 283

VC